

Por Valeria Marino

INTERESANTE resulta la medición del libro de Tomás Lago sobre El huaso después de décadas y la reciente obra El huaso chileno de Alberto Cardenal. Sin duda no se trata de una mera reconsideración temática, al contrario: hoy este asunto preocupa. En la medida que el campo se desquiebra para dar paso a grandes explotaciones agrícolas, o se divide como "espacios de ocio" en parcelas de agrado, desdibujando el mundo rural que conocimos hasta mediados de siglo, la figura tradicional del huaso va volviendo a desaparecer. A pesar de eso, no importa que este "hombre espiritual", como dice Cardenal, no sea actualmente un hacendado, agorero, vaquero o peón, ni que ejerce influencias rurales sino propias de las ciudades como el del empresario, periodista, empresario urbano, ni tampoco que llegue al lugar de encuentro en auto, en bicicleta y no montado a caballo, porque si el huaso de hoy no es el mismo de ayer, conserva su espíritu y su rollo en un espíritu nacional.

Desmenuzando orígenes, su configuración a través del tiempo, sus características físicas y espirituales y su significación en la gran tarea que abordan estos autores, se trata de reflexionar sobre el valor social y cultural que tiene el "ser huaso" en un momento en que en el panorama campesino este patrimonio popular se desdibuja y tiende a volverse para convertirse en una figura más bien deportiva que animal al rodeo, las corridas en vena y los concursos folclóricos. Cuando las diferencias, el intercambio de fijar sus características como ser humano, ya que "el huaso no es una forma de ser, un modo de entender el mundo, la vida y la muerte", en palabras de Cardenal, se paraliza la labor que desarrolló la Sociedad Nacional de Agricultores en el siglo pasado, cuando abrió el capítulo de caballerías chilenas para preservar la raza en 1890. En esa época el caballo chileno estaba a punto de desaparecer por el mestizaje con machos europeos importados para distintas labores agrícolas y el transporte. Gracias a esta iniciativa se multiplicaron los caballos nativos y en 1946 se formó la Asociación de Criadores de Caballos que hasta ahora sigue resguardando leguajes de sus características.

Hay diferencias sustanciales entre estos libros, quizás por las concepciones de cada uno y la dis-



Huasones Chilenos

tación temporal que los separa. Tal vez Tomás Lago, por ser director del Museo de Arte Popular, se preocupó mucho más por fijar la fisonomía del caballo chileno —que recién se conserva con riguro—, como por los orígenes de la cultura gaucha y las características del vestido, apere y los roles —que sufren transformación por la difusión de los rodeos—, según se aprecia en la distribución y extensión de sus 12 capítulos. Fuera de ellos está dedicado a los dos primeros temas, dos al vestido y apere y solamente tres a la configuración física y psicológica del huaso, donde su actuación como jinete en las manifestaciones hasta el nacimiento del rodeo, en 1853. En cambio Alberto Cardenal hace un campo interpretativo del ser humano del huaso y de su concepción rural a través del tiempo, enfatizando las bondades procríticas de la Zona Central y la formación misma de la hacienda, donde se origina el huaso, sin dudar por ciertos otros aspectos.

Ambos autores utilizan profusamente las crónicas coloniales para destacar las características del caballo y el gusto por el lujo de "los antiguos jinetes", a los cuales perteneció oficialmente el huaso. Sin embargo, como la vida rural misma ha cambiado, Cardenal se preocupa en

que mismo de la palabra "huaso", desde la primera vez que se usa para denotar al vaquero chileno en 1741, pasando por las descripciones y las pinturas de los objetos del siglo XIX, hasta la estructuración de sus atributos como símbolo de la nacionalidad. Le interesa establecer diferencias físicas y espirituales con otros jinetes iberoamericanos, como el gaucha o el llanero, que han quedado como arquetipos de sus países en la literatura, cosa que no ocurre todavía con el huaso, porque, a su juicio, no se desplaza por el mundo lleno de espíritu americano, sino que es un personaje solitario y tradicional que reconoce dependencias emocionales y físicas con su entorno inmediato y su cotidianidad. Su capital se dedica a la formación de la hacienda como cría del huaso, busca realizar su importancia estructural al ser un tipo de caballo esencial que en el "imaginario nacional" perdura hasta el presente, sin que haya sido superado ni reemplazado, porque el mundo rural sigue siendo el modelo ideal de vida de los chilenos, desde los tiempos en que el malón de las guerras de Arauco se arrojó en la tierra como labrador y ganadero. Así se entiende que en la poesía y en las canciones populares siempre se alione con nostalgia las formas simples de vida y el paisaje rugoso y acogedor del campo. En esta perspectiva de ser huaso, el rodeo no es hoy sólo un deporte físico, es una fiesta ritual y simbólica de la ruralidad misma, donde los huasones demuestran una vez más sus altas virtudes y hacen sus proezas y duros arduos.

Los libros nos hacen pensar sobre nuestros legados orígenes e interminables modos de ser, cuando las costumbres se interrelacionan con la difusión de otros modelos de vida a través de la televisión, poniendo en riesgo el tipo de vida ideal e imaginaria por la cual optamos hace dos siglos, sin que sin periferias sea mejor en su momento.



El mundo del huaso

Huasos chilenos [artículo] Valeria Maino.

Libros y documentos

AUTORÍA

Maino, Valeria

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Huasos chilenos [artículo] Valeria Maino. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile